

# Cultura de la tolerancia

José María Vinuesa Angulo  
Catedrático de Filosofía

Últimamente se ha popularizado esta expresión. Como es habitual, ninguno de sus usuarios se ha tomado el trabajo de definirla o explicar sus notas conceptuales. Se ha llegado a publicar algún libro con este título (por ejemplo, BAC Popular, 1996) integrando trabajos de muy conocidos especialistas. Ninguno de ellos explica qué es la cultura de la tolerancia. Muy pocos dan alguna indicación de qué entienden por tolerancia y/o por cultura. Las respectivas nociones son muy divergentes. Alguna de ellas es inconsistente, por internamente contradictoria.

«Cultura de la tolerancia» es moneda de uso común. La martilleante repetición de este término exige una reflexión acerca de su significado. Ciertamente, hay al menos una razón de peso para su justificación; la común procedencia de cultura y culto. Como es patente, muchos de quienes hablan de la cultura de la tolerancia, rinden culto a ésta y puede que esa –y no otra– sea la causa de tan manida expresión. Para la construcción de un mundo más humano y vividero sería ampliamente preferible el cultivo que no el culto de la tolerancia –por continuar con la misma raíz–, pero ese es un planteamiento más exigente.

Como es bien sabido, inicialmente cultura era equivalente a cultivo, y ambos sinónimos –en el lenguaje agrario tradicional– de «labor», término de etimología y parentescos

semánticos muy explícitos. Los primeros que merecieron el cultivo fueron la tierra y los vegetales que en ella crecen, con objeto de que fructificasen. Metafóricamente, pudo aplicarse, después, el verbo cultivar a la amistad, en las relaciones interpersonales, y a otras realidades no materiales (*cultura animi*, entre los romanos), como el ingenio e incluso las ciencias y las artes. Siempre, cultivar dice relación al trabajo (labor) empleado en el mantenimiento, desarrollo, ejercicio y planificación de aquello que se cultiva. Si se pueden cultivar todas las virtudes, también se podrá cultivar la tolerancia, mediante su ejercicio consciente y reiterado.

Culto procede de *colere*, que –además de cultivar– significa honrar o venerar. En el primer sentido, culto equivale a *cultivado* y es predicable de la tierra y las plantas, como también de las cualidades que surgen del desarrollo personal, por medio de la cultura. Pero, con mayor aplicabilidad en este caso, culto es la reverencia y homenaje que se tributa a algo, en razón de su valor (propio o atribuido) y de su excelencia (real o supuesta). En este contexto, se puede hablar de culto indebido, que es la veneración a aquello que no lo merece; fingidos profetas, falsas reliquias, ficticias virtudes... Debido o indebido, el culto como veneración se distingue del cultivo en que a diferencia de éste, no requiere trabajo (labor, faena...); basta con la expres-

sión del sentimiento. (Sin malicia alguna, ya puede aventurarse una razón de peso para la sustitución del cultivo-labor por el culto).

Es preciso; es más, resulta urgente sustituir –en el plano de las actitudes– la ñoña devoción y culto a la tolerancia por su práctica cotidiana, del mismo modo que es imprescindible dejar de *creer* en ella para que sea posible construir un cierto *saber* al respecto. (He aquí la recíproca de la afirmación que inserta Kant en el Prólogo de 1787 a la Crítica de la Razón Pura: «Me ha sido, pues, preciso suprimir *el saber* para dar lugar a la *creencia*»; págs. 71 y 72 del Tomo I de la edición de Biblioteca Mundial Sopena, traducción de José del Perojo, 5ª edición, 1.961).

El término cultura, también procedente de *colere*, hace referencia al cultivo específico de las facultades intelectuales y de los conocimientos. En relación no siempre clara con la civilización, con orígenes etnocéntricos y elitistas, tiene un significado tan borroso como el de la tolerancia misma. L. Kroeber y C. Kluckhohn, en 1.952, recopilaron 165 definiciones diferentes (De ahí, tal vez, la pretensión de construir un fecundo maridaje entre tan polifacéticos términos; cultura y tolerancia).

Caso de que definamos cultura como información aprendida, según hace J. Mosterin (*Filosofía de la cultura*, Alianza, 1993; pág. 32: «Cultura es la información transmi-

## Los dogmas laicos de hoy

tida entre animales de la misma especie por aprendizaje social), la tolerancia vendría a ser uno de los valores socialmente aprendidos. En parecido sentido, si llamamos cultura al conjunto sistematizado de desarrollos inmateriales de una sociedad (creencias, ideales, valores, normas, teorías...), como hacen Tönnies o Spengler, la expresión cultura de la tolerancia vendría a alzaprimar un valor sobre las restantes realizaciones culturales.

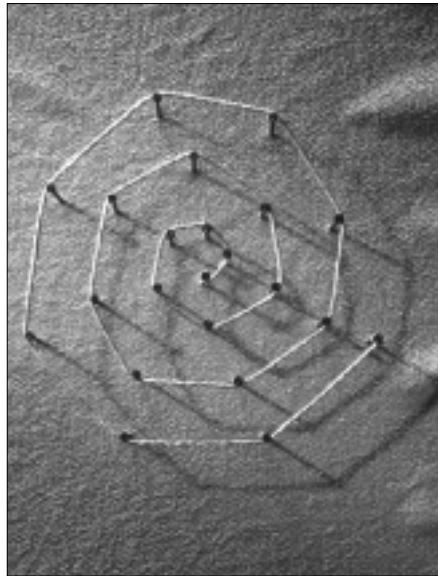
Aún teniendo en cuenta la ambigüedad del término cultura, es frecuente darle un valor omniabarcante, para que cubra todas las ideas, creencias, normas y costumbres, artes y ciencias, de cada grupo social, así como el conjunto de los desarrollos instrumentales derivados de aquellos (ver, por ejemplo, B. Malinowski, «Una teoría científica de la cultura»). En ese sentido, creo que es llamativo el intento de reducción del universo cultural a un sólo elemento. Aún más patética resulta la elección del elemento de síntesis: la tolerancia.

Reúne en sí la tolerancia la negación de los requisitos que, en teoría, podrían justificar el intento –siempre simplista y arriesgado– de apellidar una cultura con uno solo de sus ingredientes.

Esta tarea podría hacerse:

- a. En el reino de los ideales, del deber ser, como tensión hacia aspiraciones o necesidades de la humanidad. Tal vez se podría hablar de la cultura de la justicia, de la libertad, del progreso, del desarrollo, de la igualdad, de la ecología, de la solidaridad, de la calidad de vida, de la paz...
- b. En el terreno de los hechos, como selecta expresión de los descriptores básicos de la cultura hegemónica. Acaso se pudiera hablar de la cultura del egoísmo, de la competitividad, de las desigualdades crecientes, de la violencia institucionalizada, de la insolidaridad, de la supervivencia, del tiempo «libre» (ya sea del ocio o del desempleo).

Pero la tolerancia no es uno de los grandes ideales de la humanidad –no puede constituirse en contenido relevante de la cultura, dado su carácter procedimental– y no es siquiera un elemento de caracterización de la realidad sociocultural presente.



La principal ventaja de la expresión «cultura de la tolerancia» es su aspecto amebode; no tiene unos límites muy claros, lo que evita tener que precisar y comprometerse. Si alguien enarbolase, por ejemplo, la bandera de la cultura de la solidaridad –más aún, si se atreviera a hablar de la cultura de la fraternidad– resultaría demasiado obvio y patente lo que querría decir. Si, por el otro extremo, alguien recomienda

el ejercicio de la tolerancia, su enseñanza en las Escuelas, su exigencia a los políticos, también es excesivamente manifiesta su pretensión.

«Cultura de la tolerancia» es, pues, una singular muestra de la actual reflexión intelectual, que prefiere los perfiles confusos, los contenidos borrosos y las nociones equívocas o indeterminables, con la asombrosa pretensión de que así llegaremos a saber a que atenernos.

Hay que admitir que aún puede tener otra explicación la fusión de cultura y tolerancia, o –por mejor decir– la reducción de todos los componentes culturales al de la tolerancia. Resultaría razonable hacer tan resumida expresión si partimos de la irrelevancia de las aspiraciones sociales básicas, supeditadas al egoísmo, a la inmoderada pretensión de obtener el éxito individual por encima de cualquier valor. Podríamos continuar rebuscando y descartando entre las creencias sociales efectivas –pocas, débiles y flexibles– al servicio de un relativismo posibilista y camaleónico. Así, finalmente, sería factible hablar de la cultura de la tolerancia, entendida ésta como pragmatismo y ausencia de convicciones. Claro que, en ese caso, sería más exacto referirnos a la «cultura de la vaciedad».

Si cultura es un conjunto de contenidos de información socialmente transmisible, la cultura de la tolerancia representaría, entonces, un espacio teórico en el que todo movimiento especulativo sería admisible –por arbitrario que pudiera parecer–, ya que, por tratarse de un conjunto vacío, cultura de la tolerancia o vaciedad, vendría a ser un concepto infinito. (Por supuesto, sería también legítimo defender que una cultura de vaciedad es, como un círculo cuadrado, un imposible, una no-cultura y que un concepto infinito no tiene valor representativo alguno. Pero esa tesis, me temo, no alcanzaría a ser suficientemente tolerante, en el terreno cultural).